



Capítulo 628: ...Vamos a casa.

Sapphire respiró profundamente, con los hombros subiendo y bajando de forma irregular. La Llama del Olimpo aún titilaba en sus extremidades, débil e inestable, como si estuviera decidiendo si apagarse o no. Vergil, por su parte, mantenía su habitual calma, o al menos lo intentaba. La sangre que le goteaba por un lado de la frente y el temblor de su brazo delataban el colosal esfuerzo que también había realizado.

Durante unos segundos, solo el sonido de las rocas que seguían cayendo en la distancia y el eco de la destrucción que dejaban llenaron el silencio.

Sapphire apartó de una patada una roca del tamaño de un coche, irritada.

«... Eso ha sido ridículo», murmuró.

Vergil levantó una ceja.

—Igualarte a ti nunca será ridículo.

—No es eso. —Sapphire se frotó la cara, esparciendo aún más sangre—. Lo ridículo eres tú... tú, con esa cara de vacaciones, chanclas, camiseta de verano... viniendo hasta aquí y aguantando esto. —Señaló con un gesto la escena completamente devastada—. No deberías haberlo conseguido.

Vergil esbozó una leve sonrisa irónica, la misma sonrisa que siempre le había resultado irritante.

—¿Estás diciendo que me he vuelto más fuerte?





Sapphire le señaló con el dedo, molesta.

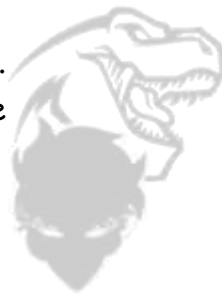
—Estoy diciendo que te has vuelto irritantemente más fuerte.

Vergil respiró hondo, como si estuviera conteniendo la risa.

—Estabas al 20 %.

—¿Y qué? —resopló Sapphire—. Con un 20 % aún debería haber sido capaz de aplastarte contra el suelo hasta convertirte en polvo.

—Casi lo hice —admitió Vergil, pasando el pulgar por la grieta del Yamato—. Pero no estabas midiendo tu fuerza exactamente. Luchabas como alguien que ha olvidado que tiene un cuerpo.



—Luché con normalidad.

—Luchaste como un terremoto con piernas.

Sapphire entrecerró los ojos.

—No sé si eso es un cumplido o un insulto. —Ambas cosas.

Ella apartó la cara, claramente disgustada, y cruzó los brazos. Las llamas disminuyeron, pero seguían chispeando a su alrededor, reaccionando a las emociones explosivas.



—No me ha gustado eso.

«¿Empate?».

«Empataste conmigo». Sapphire dio una patada al suelo, que se mantuvo en pie por puro milagro. «No deberías tener la resistencia para seguir el ritmo de la Llama del Olimpo ni siquiera durante treinta segundos. Y tú... tú cortaste esa llama por la mitad. Por la mitad, Vergil. ¿Sabes lo que eso significa?».

Vergil se limpió la sangre de la barbilla con el dorso de la mano.

«Significa que estoy entrenando».

Sapphire se rió.

No fue una risa ligera.

Fue una risa incrédula, casi ofendida.

«Entrenando. Claro. Eso es todo. Entrenaste un poco y ahora cortaste una llama divina por la mitad. Genial. Perfecto. Totalmente normal».

—¿Estás celosa?

Sapphire se quedó paralizada, como si alguien hubiera pisado el freno de sus defensas internas.

—No. Estoy enfadada.





Levantó la voz. —Es diferente.

—Suenas a celos.

Dio un paso amenazador hacia delante.

—Vergil. Si repites eso, te estrellaré la cabeza contra la pared.

Él levantó ambas manos en señal de rendición controlada.

—Retiro lo dicho.

Ella respiró hondo, tratando de recomponerse... y fracasando estrepitosamente.



—No quería... que esto sucediera. —Hizo un gesto amplio, indicando toda la destrucción a su alrededor—. No quería que vinieras aquí y pudieras enfrentarte a mí en igualdad de condiciones. Esto significa que estoy aún más... jodida de lo que pensaba.

Vergil ladeó la cabeza.

—¿Jodida?

—Mi cuerpo. —Sapphire se golpeó con fuerza el pecho—. Luché durante todo un mes usando el fuego. Sin descanso. Sin concentración. Sin control. Debería haberme derrumbado después de una semana, pero no fue así. Esto no es bueno.



Vergil se acercó lentamente.

—¿Estás diciendo que tu fuerza también aumentó?

—Sí —Sapphire frunció el ceño, molesta consigo misma—. Y yo no quería que aumentara así. Yo... perdí la noción. Perdí la noción del tiempo. Perdí la cabeza. —Miró su propio puño, aún oscuro por la sangre seca—. Y entonces apareciste tú, con zapatillas, y me igualaste.

Vergil miró sus propios pies, como si solo ahora recordara que, de hecho, llevaba zapatillas.

—... Vine rápidamente.

—Viniste de forma RIDÍCULA —lo corrigió ella—. Y, sin embargo, lograste hacer frente a mis llamas.



Vergil cruzó los brazos.

—Sapphire. Si querías que fuera fácil de derrotar... elegiste al marido equivocado.

Ella abrió la boca... la cerró... y la volvió a abrir.

—Ojalá fueras menos... —Hizo un gesto amplio con la mano—.

...menos tú.



—Siento decepcionarte.

Sapphire apartó la cara, con la nariz en alto, como si intentara mantener la compostura.

—Sigo enfadada.

—Me he dado cuenta.

«Y tú sigues enfadándome».

«También me he dado cuenta».

Ella frunció el ceño y lo miró con esa mirada de alguien capaz de volver a hacer estallar todo el abismo.



«Pero... te has vuelto más fuerte. Mucho más fuerte». Ella negó con la cabeza, como si aún le resultara desagradable admitirlo. «Y no sé si eso me gusta».

Vergil dio un pequeño paso hacia delante.

—Sapphire.

Ella apartó la mirada.

—Mírame.

Ella dudó unos segundos antes de volver a mirarlo.



Vergil habló con firmeza, sin levantar la voz: —Me hice más fuerte porque quería estar a tu altura.

Sapphire parpadeó, sorprendida. «¿Qué?».

«No quiero ser el demonio al que proteges». Vergil tocó la empuñadura de la Yamato, aún agrietada. «Quiero ser quien permanezca a tu lado».

Las llamas que rodeaban a Sapphire disminuyeron.

Su expresión también cambió, volviéndose menos tensa, menos defensiva... aún enfadada, pero diferente.

«Idiota».

Vergil sonrió. «¿Es eso un cumplido?».

«Es una advertencia».

Vergil dio otro paso hacia ella. «Entonces acéptalo, Sapphire».

Ella levantó la cara, desafiante. «¿Aceptar qué?».

«Que no estás cargando con todo tú sola. Ni con la fuerza. Ni con el dolor». Sus ojos rojos se suavizaron, pero no perdieron intensidad. «Ni siquiera a Katharina».





Sapphire abrió la boca... y no dijo nada.

Vergil concluyó: «No me hice más fuerte para humillarte». Esbozó una pequeña sonrisa. «Me hice más fuerte para poder llegar a ti».

Sapphire respiró hondo, con el pecho subiendo y bajando lentamente.

La Llama del Olimpo finalmente se apagó.

Solo entonces murmuró, en voz baja, irritada, pero sincera: «... Sigo odiando los empates».

Vergil respondió sin dudar: «Entonces, la próxima vez, lucharemos cuando estés al 100 %».

Sapphire lo miró con una mirada de pura amenaza. «Vergil».

«¿Sí?».

«Voy a destruirte».

Él sonrió. «Quiero verlo».

Sapphire respiró profundamente, con el cuerpo aún temblando por la adrenalina que se negaba a desaparecer. Las llamas doradas que la rodeaban disminuyeron gradualmente, convirtiéndose en un incómodo resplandor sobre su piel quemada.

Miró a Vergil con evidente irritación.





«... Te has vuelto más fuerte», murmuró, cruzando los brazos mientras apartaba la mirada. «No me gusta eso».

Vergil levantó una ceja y se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano.

—¿Quieres que siga siendo débil solo para sentirte superior?

—No quiero que empatés conmigo cuando tengo un VEINTE POR CIENTO de energía. —Sapphire hizo un gesto amplio, señalando el campo de batalla destruido—. Usé la Llama del Olimpo. No hay excusa para que tú sigas ahí, respirando».

«Y tú también respiras», replicó él, encogiéndose de hombros.

Sapphire gruñó suavemente, casi como una niña.

«... Eso debería haberte matado al menos tres veces». «Pero él no la mató».

«No debería ser posible».

«Pero lo fue».

Se frotó la cara, frustrada.

—Uf... Odio cuando ganas poder tan rápido. Ni siquiera me da tiempo a acostumbrarme.





Vergil se rió por la nariz, casi en un susurro.

—Bueno, acostúmbrate. Porque ya es hora de que hablemos de cosas serias.

Sapphire levantó lentamente la cabeza, sabiendo exactamente de qué estaba hablando.

«... No».

«Sapphire».

«... No quiero».

«Es sobre Katharina».

Ella cerró los ojos inmediatamente, como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el pecho otra vez.

Él esperó. No la presionó. Se quedó allí, respirando, con su habitual obstinación.

Hasta que ella susurró, casi inaudiblemente: «... Está bien».

Y comenzó la conversación....

Unas horas más tarde...





El abismo estaba en silencio. Sapphire se sentó en una roca que había permanecido intacta, una de las pocas. Balanceaba los pies, con la cabeza gacha, y Vergil se apoyó contra una de las paredes cercanas, igualmente agotado, pero tranquilo.

La tensión ya había disminuido. No mucho. Pero era posible respirar sin que el aire se sintiera pesado.

Sapphire suspiró.

«Así que... todo esto ha sido un estúpido malentendido».

Vergil cruzó los brazos. «Sí».

Ella entrecerró los ojos, como si intentara reorganizar todo en su cabeza.

«Ella... se siente asfixiada».

«Sí».

«Y cree que estoy invadiendo demasiado su vida».

«Sí».

Sapphire se mordió el labio inferior.

«... Pero eso también es culpa suya. Ella me evita. No me llama. Se esconde».





Vergil asintió lentamente. «Eso también es cierto».

Ella levantó la cabeza, irritada de nuevo.

«¡Entonces, ¿por qué parece que soy yo la que está equivocada en esta historia?».

—Porque eres demasiado pegajosa —dijo sin rodeos—. Y ella no sabe cómo manejarlo.

Sapphire resopló y echó el pelo hacia atrás.

—Soy pegajosa porque SOY LA MADRE. ES NORMAL. Amo a esa niña desde el día en que nació. Desde antes de que naciera. Desde antes de que fuera siquiera una idea. Yo...



Se detuvo. Apretó las manos entre las rodillas.

«... La quiero demasiado. Y no puedo dejar de quererla».

Vergil, por primera vez desde el comienzo de la conversación, dio un paso hacia ella.

«Y ella te quiere», dijo. «Muchísimo. Pero los dos sois unos completos idiotas».

Sapphire levantó la cabeza con una mirada asesina.

Vergil continuó.



«Katharina cree que te estás distanciando porque la quieres menos. Y tú crees que ella se está distanciando porque te odia. Y ninguno de los dos se ha hablado en un año y medio».

Sapphire apretó la mandíbula con tanta fuerza que se oyó un chasquido seco.

—No me distancié porque quisiera. Fue después de la boda. Ella empezó a pasar más tiempo contigo... vosotros dos empezasteis a llevaros demasiado bien... y yo...

Su voz se quebró. Lo odiaba. Apretó el puño para ocultarlo.

—... Tenía miedo.

Vergil respiró hondo.

—Miedo a perderla.

—¡SÍ! —Sapphire dio una patada en el suelo, molesta—. ¡Ridículo, lo sé! ¡Pero lo sentí! Soy un demonio. Destruí la mitad del mundo. Maté a miles de seres superiores. Me convertí en una leyenda entre los demonios. Me enfrenté a dioses, yo... yo...

Suspiró, derrotada.

«... pero no puedo manejarlo cuando se trata de ella. Nunca pude».

Vergil dio otro paso hacia ella.





«Y ella te tiene miedo. No por quién eres, sino por lo que cree que tiene que ser para seguir siendo tu hija. Es mucha presión».

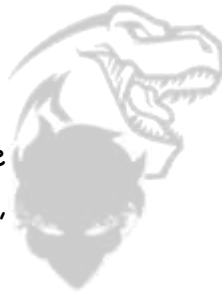
Sapphire parpadeó lentamente.

«¿Presión?».

«Sí». Vergil se agachó y se sentó a su lado en la roca. —Cree que no puede cumplir tus expectativas. Y, sinceramente, tú no se lo pones fácil.

Sapphire abrió la boca para quejarse, pero la cerró al darse cuenta de que tenía razón.

Un año y medio... desde que los tres empezaron a compartir sus vidas. Desde que la dinámica cambió. Desde que Katharina finalmente encontró su espacio, su identidad, su independencia.



Y Sapphire lo vio como una amenaza.

Katharina veía a Sapphire como un muro.

Y ninguna de las dos tenía el valor de admitirlo.

Vergil le puso una mano en el hombro.

—Las dos están heridas. Pero ninguna quiere perder a la otra. Sapphire se mesó el pelo, inquieta.



—Me llamó madre horrible.

—Lo dijo enfadada.

«Dijo que no quería una madre como yo».

«Sapphire».

Se mordió la lengua.

«... Todo porque dije una estupidez mientras estaba borracha».

Vergil asintió.

«Y te asustaste y destruiste el abismo durante un mes».

Ella apartó la mirada.

«Necesitaba... desahogarme».

«Pero eso no resolvió nada».

«... No».

Vergil le apretó el hombro.

«Entonces ahora tienes que hablar con ella».





Sapphire cerró los ojos.

«... Tengo miedo».

«Ella también».

Sapphire abrió lentamente los ojos y miró fijamente al vacío del abismo.

«... ¿Me echa de menos?».

«Sí».

«... ¿A pesar de que soy así?».

«Sí».

«... ¿A pesar de que cree que lo invado todo?».

«Sí».

Sapphire suspiró, largo y profundamente.

«Los dos somos unos idiotas».

«Sí. Mucho».





Ella le dio un ligero empujón con el hombro.

Vergil sonrió levemente.

—Entonces... ¿lista para arreglar esto?

Sapphire respiró hondo.

Luego, de nuevo.

—Lo intentaré.

Vergil se puso de pie.

—Ya es suficiente.

Sapphire también se puso de pie.

Las llamas a su alrededor desaparecieron por completo.

Se arregló el cabello y se estiró el cuello, preparándose mentalmente.

«... Vámonos a casa».

Vergil asintió.

Comenzaron a caminar juntos, uno al lado del otro, sin prisa.



El abismo detrás de ellos estaba completamente destruido.

Pero, por primera vez en un mes...

Sapphire ya no sentía la necesidad de destruir nada.

